
El Consejo del Sabio

Javier de Viana

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 7547

Título: El Consejo del Sabio

Autor: Javier de Viana

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 11 de agosto de 2022

Fecha de modificación: 11 de agosto de 2022

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

El Consejo del Sabio

Domando potros—en cuyo arte pasaba por insuperable—Eudoro Maciel logró reunir una tropilla de patacones.

Trabajando de capataz de tropas en invierno y de capataz de esquiladores en verano, fué aumentando el rodeo de las «amarillas» allá en la época de las «onzas» hispanas, las anchas «brasileñas», los «cóndores chilenos», las británicas «libras de caballito» y las macizas «doble águilas» yanquis.

Hacía tiempo que Eudoro había sacado un boleto de marca; marca M. No la sacó E. M., que sentaba más lindo, porque iba a resultar de «mucho fuego».

Y había ya como cosa de unos quinientos vacunos y de unos treinta caballos, quemados con la marca M., cuando Eudoro se decidió a realizar los tres actos fundamentales en la vida de un hombre: comprar campo, levantar un rancho y casarse.

Y compró un campo: chiquito—mil cuadras, nada más—, pero campo flor, sin desperdicios, con pasturas inmejorables, con aguadas permanentes y con leña en exceso.

En seguida levantó el rancho. Lo levantó él mismo, con horcones, tirantes y ajeras, cortadas y labradas por él en el monte lindero; con paja brava elegida y cortada por él en el estero vecino; con terrón cortado por él de la loma gramillosa de su campo.

Hizo el corral, hizo el chiquero para el terneraje de las lecheras, hizo la enramada y alambró un rectángulo de tres cuadras por cinco, para la futura chacra.

Ya no le faltaba nada más que casarse; y de ahí le resultó una dificultad imprevista. Hombre práctico, él siempre había preferido la calidad a la cantidad y lo productivo a lo decorativo. Cuando compraba un traje, lo elegía color cebruno,—pelo el más feo de todos los pelos,—pero «sufrido». Si debía adquirir una lechera, poco le importaba la estampa y deteníase, en cambio, en el estudio del escudo de la ubre. Para «carretoneros», elegía tubianos, recios de encuentro, sólidos de caderas, cortos de espinazo. Sus gallinas eran todas catalanas negras,—muchas crespas,—feas todas, pero ponedoras y de carne sabrosa.

Odiaba a los perros, los gatos, los pájaros y las flores, cosas inútiles, y sólo aceptaba la mujer,—que es al mismo tiempo, perro, gato, pájaro y flor,—en su carácter de compañero de yugo en el arado de la vida. En cuanto al amor,—no habiendo amado nunca,—le parecía una cosa supérflua como el fleco en el poncho o los bordados en la blusa.

Hombre práctico, hombre sensato, pensaba:

—Es más fácil encontrar un caballo lindo que un caballo bueno. Y los lindos, generalmente no sirven para nada.

Y luego:

—Una mujer bonita resulta como ponerse un anillo en el dedo: fastidia, y hace perder tiempo en mirarlo, y siempre está uno apeliando perderlo.

La mujer que necesitaba, la que le convenía, debía ser grande, sana, fuerte y con toda la dentadura: inada de potrancas!... En cuanto a la cara, un «asigún»: «ni linda qu'encante, ni fea qu'espante».

Y después de mucho buscar en los rodeos mujeriles del pago, «apartó» a Dominga.

—Es feona—se dijo,—pero la carculo de güen cómodo.

Y no era feona, Dominga; era fiera, más bien. Las tres dimensiones—alto, ancho y profundidad—estaban desproporcionalmente repartidas en ella. Era larga, era ancha, pero chata. Nada de protuberancias, nada de curvas: toda chata; los senos igual, los pies lo mismo y el rostro idéntico; parecía pasada por un laminador.

Pero él estaba conforme con la elección, realizada tras muchos minuciosos estudios.

—Dominga es feona—repetía,—pero es güena, es juerte, es sana, es trabajadora y no hay peligro de que nadie me la codicee.

Y el primer año de vida matrimonial transcurrido confirmó la excelencia de su tino. Todo marchaba como reloj en el nuevo hogar.

Desgraciadamente, después de ese tiempo las cosas comenzaron a cambiar. Las tareas domésticas ya no se hacían con la estricta regularidad y prolijidad de antes. Sin advertir las causas, Eudoro palpaba los efectos.

—Esto cambea... Yo no colijo por qué, pero cambea... Hay algo qu'está rompido o qu'está por romperse...

Dominga se transformaba visiblemente. Su carácter se agriaba, su actividad decrecía; empezó por ser descuidada en el aseo de su persona y de su casa, y terminó por ser puerca.

Una tarde, al regresar del campo, Eudoro se dirigió, como de costumbre, a la cocina, y se extrañó de no encontrar allí a su mujer. Sobre la parrilla, en el fogón semiapagado, había un costillar de oveja, frío y casi carbonizado, constató que la pava, asado y fogón habían sido abandonados de largas horas atrás.. Inquieto Maciel penetró en el rancho y encontró a su esposa, tirada, boca arriba, en el suelo, junto al lecho, las ropas en completo desorden. Creyéndola muerta se abalanzó sobre ella, e hincando una rodilla en tierra, le pasó la mano

por la espalda y le enderezó el busto.

Ella entreabrió los ojos, de un brillo vidrioso y con voz estropajosa tartamudeó:

—No... Déjame aura... puede cair Eudoro...

Eudoro sintióse profundamente afectado. La herida apenas rozaba el corazón: sus sentimientos afectivos y su concepto del honor eran, como hemos dicho, más que rudimentarios.

No. La pena nacía del inesperado fracaso del criterio y del sistema que le habían asegurado el éxito en todas sus empresas: la reflexión madura, la proscripción del entusiasmo, la constante subordinación de lo bello o lo útil.

No se indignó. No perdió el tiempo en reproches o violencias que sabía infructuosas como sembrar sobre el agua del arroyo. Se contrajo a establecer una severa vigilancia para impedir la introducción clandestina de bebidas alcohólicas.

Pero sus desvelos tuvieron poco éxito. Es sabido que habiendo babidas y habiendo borrachos, ninguna policía—ni aún la miseria—logran impedir que una y otras se pogan en contacto...

Y el convencimiento de su derrota al final de una larga campaña triunfadora, abatió su orgullo y mermó sus bríos.

Cosa de veinte meses después del desgraciado acontecimiento, no era ya ni sombra de aquella macha energía que le permitió ir ascendiendo, paso a paso, firmemente, sólidamente, durante treinta años consecutivos. Vencido, él también se dio a beber y entregarse a la inercia.

Y aconteció que una tarde fué a visitarlo Fermín Pérez, su ahijado, primogénito de su mejor amigo Pedro Pérez.

—Vengo a pedirle un consejo, padrino—expresó el mozo.

—Habla. Si es pa comprar un caballo, elegir un toro, apartar una novillada, cortar una punta de ovejas, o carcular el valor de un campo, te puedo servir.

—No; padrino; no es pa nada deso... Es que... sabe... me quisiera casar...

—¿Y tenes novia?

—Tengo media docena en vista; pero una es asina, y la otra asina, y una me gusta p'un lao y la otra pu'el otro... y tata me dijo:—«Anda pedirle consejo a mi compadre Udoro, qu'es entendido, y él te va decir cuáles son las condiciones preferibles».

Se estremeció el viejo. Luego, con violencia:

—¿Qué condiciones?... ¡Una sola! Búscala que sea linda. Fea o linda, tuitas te han de hacer tragar juego y han de ser la misma manea que no te deje salir de al lao de las casas... ¡Y las lindas, siquiera recrean la vista!...

Javier de Viana



Javier de Viana (Canelones, 5 de agosto de 1868 – La Paz, Canelones, 25 de octubre de 1926) fue un escritor y político periodista uruguayo de filiación blanca.

Sus padres fueron José Joaquín de Viana y Desideria Pérez, fue descendiente por parte de padre del Gobernador Javier de Viana. Recibió educación en el Escuela y Liceo Elbio Fernández y por un corto período cursó estudios en la

Facultad de Medicina. A los dieciocho años participó de la revolución del Quebracho, de la cual realizó una serie de crónicas reunidas en un volumen llamado Recuerdos de una campaña y recogidas posteriormente por Juan E. Pivel Devoto en la obra Crónicas de la revolución del Quebracho.

Trabajó de periodista, primero en La Verdad, de Treinta y Tres, y luego en la ciudad de Montevideo. Participó junto a Elías Regules, Antonio Lussich, El Viejo Pancho, Juan Escayola, Martiniano Leguizamón y Domingo Lombardi, entre otros, de la publicación El Fogón, la más importante del género gauchesco que tuvo la región, fundada por Orosmán Moratorio y Alcides de María en septiembre de 1895. En 1896 editó una colección de relatos llamada Campo. En este tiempo se dedica infructuosamente a las tareas agropecuarias, arrendando la estancia «Los Molles». Edita en 1899 su novela Gaucha, y dos años más tarde, Gurí.

Se involucró en la insurrección armada nacionalista de 1904, en la que es hecho prisionero. Logró escapar y emigrar a Buenos Aires, donde subsistió escribiendo cuentos en distintas publicaciones, como Caras y Caretas, Atlántida, El Hogar y Mundo Argentino. Entre 1910 y 1912 se editan en Montevideo distintas obras que reúnen sus relatos. En 1918 regresa a Uruguay y trabaja en varias publicaciones, en particular en el diario El País. Es elegido diputado suplente por el departamento de San José en 1922 y ocupa su titularidad al año siguiente.